

LIBROS

El sucio lado del dólar

Un joven escapado de un correccional, un padre millonario, un secuestro, dos asesinatos, un hijo en busca de sus progenitores, y el detective privado Lew Archer encargado de resolver el embrollo.

Con estos ingredientes, Ross Macdonald (Kenneth Miller en la partida de nacimiento) escribió en 1964 la novela "The far side of dollar", traducida al castellano como "El otro lado del dólar" (1).

Lew Archer, el último de los grandes detectives de ficción, es una figura aún más solitaria y escéptica que su arquetipo Philip Marlowe. Viene a ser el resultado de un mundo éticamente en ruinas, cuyos valores en descomposición (y sin repuesto a la vista) componen el magma de cinismo en el que casi todo el mundo parece sentirse cómodo. Tan sólo cuando las sombras se disipan un poco puede entreverse la desolación, y esto es, precisamente, el gran mérito de las novelas de R. Macdonald. Al arrancar jirones de oscuridad, dejan salir a la luz toda la codicia, la falsa respetabilidad, el autoengaño aceptado como normalidad cotidiana, la hipocresía y la arbitrariedad que enmarcan ese conglomerado de reacciones y situaciones a las que denominamos "sociedad establecida".

"El otro lado del dólar" es un buen ejemplo de lo antedicho. Con esta novela, R. M. persevera en uno de sus temas favoritos: el lastre del pasado, la búsqueda de la propia identidad, negada por el entramado social. El muchacho que se escapa del internado y corre en busca de sus desconocidos padres, es un reflejo del intento general por hallar puntos de referencia verdaderos en un modelo de existencia difusa y deformante.

En la historia de la novela de "alta tensión" norteamericana, el papel de Ross Macdonald ha sido, también, éste: conservar las señas de identidad esenciales de ese puñado de escritores (Ham-



Ross Macdonald.

mett, Burnett, Cain, McCoy...) que desde fines de los años veinte se esforzaron por renovar la li-

teratura de intriga y utilizaría como un vehículo de denuncia contra un aparato de poder político-social gangsteril y corrupto. Porque luego, ese intento tuvo que sufrir lo que Javier Comas llama la "cruzada de desidentificación", o sea, la transformación de la novela negra enseudoliteratura de evasión al servicio de la ideología reaccionario-conformista del orden capitalista imperante, lo que estuvo a punto de destruir el sentido original de la "serie negra".

A través de una sucesión casi ininterrumpida de diálogos, Macdonald pone al descubierto, en esta obra, el caos interior y el fracaso vital estrepitoso de una respetable familia norteamericana. Todo es falso en el hogar de los Hilmann, y esa sensación de

falsedad y mentira es el lienzo sobre el que el autor va dibujando los vericuetos de la acción. Al final saltará la verdad, y, ante ella, sin alternativa para aceptar sus consecuencias, surge el suicidio.

Una historia amarga, como el humor de Archer, como la visión de Ross Macdonald en torno a la civilización del dólar. Como reflexiona el detective en un momento de gran lucidez: "Algún buen observador tendría que estudiar los cementerios de automóviles, como se estudian las ruinas y vasijas de civilizaciones desaparecidas. Podrían sacar de allí alguna explicación de por qué nuestra civilización también está desapareciendo". Descansen en paz. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

ADIOS A LAS LETRAS

Los hijos del pasado

Los literatos no hacen campaña electoral porque no hay ningún Partido de los Escritores. Debería haberlo, para que algunos alcanzaran diversión y trabajo. Lo que los escritores tienen últimamente es congresos. Es una manera de acercarse a la carrera de los diputados, que gracias a los congresos van matando el gusanillo hambriento de la política oficial. Ahora hay un congreso de escritores en Almería y otro en Las Palmas de Gran Canaria. Los escritores no son imbéciles: se van al sol que más calienta. En las zonas frías se reúnen los biólogos, los vulcanólogos, los abogados. Los escritores se van al sol, que allí la imaginación se diluye y apetece más el hielo dentro del vaso de whisky bien servido por camareros acostumbrados a lidiar con los imaginativos secos.

El congreso de Almería, esa idea luminosa y soleada de Andrés Sorel (siempre me apetece escribir André Sorel, pronunciado en plan Mágica Herzog), se acaba de celebrar, o se celebra estos días. Es una especie de congreso constituyente de la literatura práctica española. Esperemos a las crónicas para ver si tan insano propósito de constituir ha sido cumplido o si felizmente la constitución orgánica (¿inorgánica?) del literato español sigue siendo imposible, porque cada autor es una entidad diferente, que en contacto con las demás se solivianta.

El otro congreso es el de Las Palmas. En él habrá también latinoamericanos y canarios, que son como pájaros enjaulados en la misma jaula oceánica y desmedida. Allí, el sol está más garantizado, y también se halla más segura la posibilidad del agua. El hielo tampoco estará ausente, porque allí es, después del plátano, el tomate, el transistor y el whisky, el producto aborigen más preciado. Las islas no han podido vivir tranquilas desde que los ingleses estrididos, flacos y rubios las llevaron a contemplar el hielo. A partir de entonces

han vivido los cien años de soledad conocidos. Ahora van a ser holladas por literatos ávidos de hielo. Salvador Dalí estaba ávido de dólares. Los escritores no son como los pintores: ellos, en cualquier caso, se conforman con francos franceses, pesetas guineanas o lo que caiga, siempre que ello vaya aderezado con unos bien cortados cubos de hielo.

Los escritores de hoy no podrán agruparse debidamente jamás, porque durante largas décadas les enseñaron a actuar por libre, temerosos, escudados detrás de un surrealismo de barraca tras el que ocultaban el deseo de la expresión abierta. Ahora se reúnen para estar más juntos, nada más. Luego se desunirán. A lo mejor también para estar más juntos.

Los que no necesitan unirse, ni siquiera para estar más juntos, son los hijos del pasado, los cultivadores que aprovechan el barbecho de la nostalgia. Vizcalmo Casas, solo como un alma en gloria, hace su agosto terrible gracias a la nostalgia que en este país quiso ser enterrada hace algo más de tres años. El es el encargado de resucitar de vez en cuando ese recuerdo sepulto. Ahora lo ha revelado de nuevo y lo ha situado en un libro, Los hijos de papá, que en Madrid y en Barcelona fue presentado por gente apropiada: Mingote y Gironella. Al escritor catalán le venía muy bien la presentación, como a Electra el luto, porque él es autor de un fausto legajo, titulado Carta a mi padre muerto, aquella hermosa cubierta en la que la foto del destinatario aparecía atada con un clip que lo situaba en el recuerdo amargo y amarillo de los años pasados. Estos son los hijos del pasado, los hermosos, luminosos hijos del limo, que andan a gatas para que el presente se cerciore de que pasan silenciosos, haciendo todo el ruido de que son capaces los escritores que no temen a los jóvenes leones, pero que huyen de ellos. ■ SILVESTRE CODAC.

(1) "El otro lado del dólar". Editorial Bruguera. Barcelona, 1978.